

PEDAGOGIA DE LA FE: REFLEXIONES SOBRE LA FUNCION DE LA INTELIGENCIA Y VOLUNTAD EN EL ACTO DE FE

José RODRIGUEZ MEDINA, f. s. c.
Salamanca

Pablo VI ha pedido que los cristianos reaviven sus convicciones en este año de la fe. Eco del llamamiento del Pontífice son las voces de muchos Padres del Sínodo, preocupados por la pureza doctrinal de la fe e inquietos ante ciertas formas existenciales de ponerla en peligro.

No intentamos establecer aquí un catálogo de los errores que hoy pululan entre los mismos católicos. Más bien queremos ser positivos: es otro de los deseos de los Padres sinodales. De ahí que, en las reflexiones que siguen, nos propongamos ofrecer una visión global de la fe católica, es decir, presentar sus aspectos o vertientes fundamentales, procurando subrayar elementos de tipo volitivo que frecuentemente no se tienen en cuenta.

Deseamos reaccionar especialmente contra ciertas presentaciones de la fe que, de modo casi exclusivo, subrayan sus derivadas doctrinales y dejan en la penumbra una serie de condicio-

namientos no intelectuales, pero decisivos, de hecho, para realizar el acto de fe.

Damos por supuesta la gratuidad de la fe y la iniciativa de Dios en la conversión y en el proceso de crecimiento de la vida cristiana mediante constantes actos de fe.

Por fe, pues, no sólo entendemos la conversión primera, sino también las aproximaciones o pasos sucesivos del hombre hacia Dios: todo lo que llamamos proceso hacia la santidad.

Nuestro propósito es catequístico. Pertenece al orden de la pedagogía de la fe. Invita a los catequistas a reflexionar sobre las palancas de todo tipo que Dios y nosotros hemos de pulsar para llevar al hombre a su plenitud cristiana.

El proceso de estas páginas es el siguiente:

Describimos el sentido pleno del aspecto conceptual de la fe distinto de la fe no católica y de ciertas formas católicas que doctrinal o existencialmente no otorgan a la fe contenido conceptual íntegro.

Recordamos unas nociones sobre el aspecto apologético de la fe, haciendo notar las limitaciones del argumento apologético en la realidad concreta del acto de fe.

Terminamos con el punto que hoy más nos interesa: el peso de lo volitivo en la realización del acto de fe. Por volitivo entendemos los elementos de orden afectivo, estético..., de los cuales la gracia se sirve para la moción de la voluntad, ya que depende últimamente de ella el acto humano de fe salvífica.

Viene, en fin, una reflexión sobre el misterio de la acción catequística: el catequista debe crear un clima religioso y humano al cual de hecho, históricamente, está supeditada la acción salvífica de Dios.

I.—VERDADERA SIGNIFICACION DEL CONTENIDO INTELECTUAL DE LA FE

La catequesis consiste esencialmente en llevar al hombre a una fe más viva y adulta. Tiene un elemento conceptual o ideológico: la inteligibilidad que se expresa en la fórmula verbal. Este aspecto pertenece a la fe: que la inteligencia se adhiera a proposiciones concretas reveladas por Dios (Cf. la doctrina del Vaticano I: Dz. 1789 ss.).

La fe es verdadera si abraza todas las proposiciones de la Iglesia.

La razón de ello no estriba en que de ese modo permanece firme y segura la concatenación o coherencia de la verdad. Equivaldría a considerar la fe sólo o principalmente como edificio conceptual.

La razón es de orden más personalista. Se refiere a la significación profunda que tienen las relaciones personales: cuando dos seres humanos se entregan mutuamente, situándose al nivel de los valores (amor, procreación, colaboración apostólica), y ponen en juego su propio destino, el compromiso les obliga a la aceptación recíproca. Cualquier desconfianza ensombrece no tanto el esquema mental que cada uno se ha forjado del otro cuanto la realidad de la persona en su misma radicalidad. La persona es, a fin de cuentas, la raíz existencial última que sostiene y explica el edificio doctrinal destinado a describirla y definirla intelectualmente.

En esta óptica, no aceptada la fe en su totalidad, se manifiesta falta de confianza en la persona misma.

En el aspecto conceptual o doctrinal se distinguen la fe católica de ciertas sectas religiosas que minimizan lo intelectual de la fe, contentándose sólo con atender a los transportes emocionales y provocar experiencias más o menos seudomísticas.

Se distingue también del protestantismo. Este considera la «verdad», el «dogma», la «doctrina» como factores no decisivos y a fin de cuentas poco importantes.

Para el protestante la fe es aprehender la acción de Dios que se ha apoderado del hombre para salvarle. Esto produce en el

sujeto la famosa fiducia o segura confianza quasi experiencial en la acción salvífica de Dios sobre mí. La fe se acredita en las obras. Consisten en el cumplimiento de la vocación concreta del individuo en el siglo, más que en tal o cual obra determinada. Este valorar la situación concreta secular o «mundana» explica, acaso, el relieve que en el ámbito protestante se atribuye a la propia profesión temporal y la aplicación esmerada —quizá más que entre los católicos— a revalorizar las realidades creadas: el trabajo, el rendimiento científico, la política, en una palabra, la organización temporal, si bien es peligroso en este particular emitir afirmaciones radicales.

No es aventurado afirmar que uno de los desaciertos históricos de la respuesta católica al protestantismo ha consistido en situarse unilateralmente en el terreno doctrinal, conceptual y dogmático de la fe, en el terreno de la objetividad religiosa, tomando por objetividad sólo su aspecto intelectual, las verdades, descuidando el ángulo subjetivo, los estados subjetivos, personales e inefables del hombre religioso que recibe la fe. Esto ha traído consigo cierto olvido de las condiciones pastorales y existenciales (arte, arquitectura, música, armonía, estética, creación de trances ricos en religiosidad...) que hubieran favorecido la experiencia religiosa subjetiva y por lo mismo la plenitud de la fe. Ello explica esa especie de adustez y pobreza de sentimientos religiosos que caracterizan a tantas actividades cristianas —litúrgicas, apostólicas...— y que, empleando en exceso la ironía, hizo exclamar a Nietzsche: «Los cristianos deberían cantarme mejores cantos para que yo crea en su Salvador. Sus discípulos deberían aparecer más como hombres salvados». «Nietzsche tenía la nostalgia de la gracia pascual: la vida del cristiano no era para él sino el testimonio visible, misteriosamente continuado en el mundo, de la resurrección de Cristo»¹.

Seamos sinceros: ¿Cuándo vibran y saltan de entusiasmo religioso nuestros fieles en sus reuniones como lo hacen en otras esferas de su vida: amorosa, estética, lírica, deportiva...? Tiene sobrado motivo la conocida objeción de tantos cristianos alejados de nuestros templos: «En mi casa y en mi vida particular en-

1. P. DUPLOYE, *Pâque la sainte*: La Maison-Dieu 6 (1946) 13.

cuentro mejor a Dios que en esos actos litúrgicos privados de los condicionamientos humanos más elementales»².

La fe católica va también más lejos de lo que creen ciertas corrientes conceptuales o vitales, de no pocos sectores católicos.

Conceptuales.

Piensan que la fe es más verdadera cuanto más ciega o sin saber es. Enfrentan saber y creer, ciencia —incluso de Dios— y fe como si fueran opuestas.

La desconfianza de muchos católicos ante la ciencia ha llevado al mundo técnico a construirse a espaldas de Dios, a elaborar esquemas y principios explicativos de la existencia en los cuales no entra Dios.

Al menos en lo que se refiera al *saber cristiano* o conocimiento de los misterios de la fe, esta concepción es opuesta al sentido paulino del «misterio de Dios»: éste es mayor en nosotros cuanto más se nos revela, más entremos en él, más misterio haya en nosotros.

Otros entienden la fe como un creer en algo, en cosas y doctrinas. Es visión impersonal de la fe suscitada por la influencia en la catequesis de los teólogos especulativos: preocupados en exceso por la búsqueda de la inteligibilidad de la revelación, han contribuido a que lo personal de la fe con sus implicaciones religiosas haya quedado descuidado. Ha llevado a la conocida definición de la fe: «Tener por verdadero lo que Dios ha revelado y propone por la Iglesia». Es unilateral, ya que se hace coincidir fe y ortodoxia.

No es de extrañar que hombres así orientados en una etapa larga de su formación seminarística se hayan vuelto insensibles al verdadero problema de la fe de la comunidad cristiana que

2. Los documentos conciliares, especialmente la Constitución de Liturgia, subrayando el signo como nunca se había hecho en la Iglesia desde la Patrística, han colocado las bases de un cristianismo exultante y plétórico de expresión humana. La nueva liturgia va a permitir que lo religioso vuelva a ser un fenómeno integral, totalmente divino y totalmente humano, un hecho existencial en el que el hombre encuentre todas las coordenadas del ser encarnado, intelectuales y vitales, anímicas y somáticas.

no es tanto cuestión de ortodoxia o saber cuanto de vida de fe, llevada a sus últimas consecuencias.

La fe católica considerada en toda su plenitud es mucho más que la sola afirmación ortodoxa. Situada en el sujeto religioso se expresa así: «Creo en Ti, Señor, Persona viva presente en mí, que das explicación a mi existencia en el mundo, que me llamas al Reino». Nos da la siguiente descripción: «Fe es la manera como me adhiero a la Persona tras haberla conocido y como reconozco a esta Persona en cuanto tal»³.

La Sagrada Escritura, en efecto, nos presenta la fe como una atracción del hombre no tanto hacia la verdad cuanto hacia la Persona, al Padre, a Cristo; un fiarse de Cristo; una fe en Cristo que me amó y se entregó, un vivir Cristo en mí más que un vivir yo mismo. Opone la fe cristiana a la fe de Satán que cree pero tiembla.

A esta fe subjetiva corresponde la revelación de la persona, del misterio. Es un modo eminente y superior de conocer muy distinto de la fe como no saber.

Creando así creo lo que Tú dices, es decir, las verdades. Tengo por verdaderas tus enseñanzas. Si se falla en una, no ocurre porque se desmorona en mí todo el edificio o engranaje doctrinal, sino por esa falta de confianza en la persona que constituye el mayor pecado.

El mensaje que hemos de predicar es, pues, la presencia de una Persona que vino a salvarnos.

En los años de formación seminarística los futuros pastores han de ser iniciados en el descubrimiento de esta dimensión religiosa de la fe, si queremos hacerlos aptos para reconocer los signos de la presencia o ausencia de Dios en las acciones pastorales a ellos encomendadas.

Existenciales.

Contradican también al verdadero sentido de la fe cristiana ciertas maneras empíricas de vivirla que se dan en amplios sec-

3. Cf. *Teología actual*, Guadarrama, 1960, p. 60 s.

tores de la acción pastoral cuya forma y contenido no constituyen auténticas expresiones del misterio profundo de la fe. En realidad, toda acción pastoral viene a ser la vertiente empírica, la imagen visible del misterio invisible que llevamos, que lleva la Iglesia en su entraña. Toda acción pastoral que no se rige por las coordenadas de la fe, que no se armoniza con ésta, la adultera existencialmente y contribuye a amortiguar la vida de la Iglesia. El apostolado y las acciones cristianas debieran repensarse cada día y cotejarse con su paradigma esencial, el misterio cristiano. Los principios cristológicos y eclesiológicos de la pastoral marcan la pauta a nuestra actividad en la Iglesia.

Esto nos lleva a decir una palabra sobre la espiritualidad cristiana o formas subjetivas y particulares de vivir la fe. La contradicen o deforman cuando no respetan la armonía del contenido preciso y objetivo de la revelación. Así, v. gr., las espiritualidades poco dogmáticas, poco litúrgicas o excesivamente psicológicas, que no aprecian en su exacta medida las coordenadas fundamentales de la fe, los tipos nuevos de existencia de la Iglesia, corrientes espirituales (v. gr., litúrgicas, espiritualidad apostólica, misionera, ecuménica...) o formas simpatizantes con la realidad mundana circundante y que nos expresan a su modo llamadas concretas de Dios. Dan mucho que pensar las dificultades, a veces insuperables, que vienen a la Iglesia de instituciones fundadas en siglos anteriores, precisamente con preocupaciones renovadoras y que hoy constituyen verdaderas rémoras, pantallas o escollos con que se encuentra esa misma Iglesia para realizar su misión. ¡Qué difícil es mantener el espíritu de nuestros orígenes! ¡Costumbres a veces idénticas a las de nuestros antecesores esconden un espíritu totalmente adulterado! Y se pregunta uno: ¿Reflejan esas formas espirituales el verdadero rostro de la Iglesia o más bien lo deforman y vilipendian?»⁴.

4. Cf. H. U. von BALTHASAR, *Ensayos teológicos*, I, Guadarrama, 1964, pp. 235-268.

II.—APOLOGETICA Y REALIZACION DEL ACTO DE FE

La verdad cristiana posee en sí misma cuanto es necesario para que el hombre pueda sin contradicción adherirse a ella. Así esta adhesión evita el absurdo: se puede demostrar con «suficientes» argumentos que los misterios no repugnan, que Cristo resucitó, hizo milagros; la implantación de la Iglesia en el mundo en condiciones anormales es signo que atestigua su divinidad.

Es interesante notar que, de hecho, históricamente hablando, pocos hombres se convierten por la apologética. La historia de los convertidos es, en este sentido, consternadora para el teólogo que se fíe demasiado de sus andamiajes intelectuales. Cada convertido tiene su propia y personal historia. En ella, el itinerario del hombre a Dios ha sido impulsado, las más de las veces, por palancas ajenas a los argumentos de orden intelectual. Lo mismo puede afirmarse de ese itinerario menos llamativo pero más íntimo que constituye el proceso constante del hombre hacia la santidad, el ahondamiento espiritual más y más fuerte en su fe, el contentamiento progresivo en los caminos de la Providencia.

La razón radica en que los motivos racionales que justifican la fe no son tan fuertes como para imponerse a la inteligencia, de modo que ésta deba someterse necesariamente a ellos, como sucede en los primeros principios de razón.

El acto de fe exige dar un salto en el vacío. Va acompañado del vértigo inevitable a ese género de decisiones personales cuyos objetivos o móviles de acción carecen de la evidencia propia de la razón clara y de la fuerza, acaso mayor, de lo experimentado por sí mismo.

III.—LA VOLUNTAD Y LA REALIZACION DEL ACTO DE FE

Ese salto lo da siempre la voluntad. Interviene para aceptar la fe, tanto en lo que posee de verdad intelectual pero no evidente o coactiva, como en lo que tiene de exigencia personal: «mi fe, que me pone en determinada situación ante Dios, ante el mundo y ante mí mismo».

La voluntad es movida por la atracción de la gracia. Pero, de hecho, el elemento humano de que se sirve la gracia suele pertenecer a un orden que podríamos llamar afectivo: es necesario que la verdad o, mejor, el misterio de Dios nos aparezca como un bien, como algo agradable y bueno para mí.

Este bien es la palanca o resorte que provoca a fin de cuentas el acto de la fe, la aceptación del bien, la práctica de la virtud, la entrega al apostolado.

Desde el punto de vista pedagógico-catequístico tiene aplicaciones importantísimas que se resumen en el principio siguiente: Hemos de provocar un conjunto de circunstancias de orden volitivo, afectivo, estético, somático; es necesario crear una especie de simpatía que de tal modo disponga o prevenga la voluntad que cuando se le presente a ésta el objeto de la fe, sea moralmente segura y como determinada la decisión del hombre en favor de la gracia de Dios.

Este ámbito de circunstancias varía según la sicología de cada individuo. Está condicionado por la edad, sexo, situación familiar y hereditaria, nacional, temperamental, por la historia y formación de cada individuo.

Ejemplos.

Permítasenos algunos ejemplos que expresen nuestro pensamiento y nos impulsen con más fuerza a la acción práctica:

— Paul Claudel, aún no cristiano. Le solicitaba la gracia a la conversión. Como tenía alma de artista le impresiona el canto del Magnificat, en Navidad, en un contexto de arquitectura gótica bañada por la luz del sol vespertino, difuminada en la basílica por el efecto de las vidrieras policromadas de Notre-Dame de París. Se produce la conversión en este conjunto complejo y problemático, mirado sólo desde el prisma de la lógica racional.

— La oración cuidada y profundamente religiosa impresiona y afirma en la piedad a quienes viven —acaso de modo inconsciente— la experiencia diaria de esa comunidad cristiana. Al contrario, el proceso hacia la «impiedad» o irreligiosidad se gesta en

comunidades en que un larvado laicismo ha matado la inquietud y sensibilidad hacia los valores religiosos. Aplíquese esto a la situación litúrgica —a veces caótica— en que mantenemos a nuestros jóvenes. Es normal que de esos años escolares surja para toda su vida repugnancia invencible hacia los actos litúrgicos fundamentales de la vida cristiana. Hace un tiempo invité a unos amigos a una misa cantada. Les prometí que las condiciones de la misma colmarían su religiosidad. El «espectro» de la misa cantada —la «función» larga y enojosa que ellos solían «soportar» en su parroquia— les llevó, en un primer reflejo espontáneo, a rechazar mi proposición. La realidad de la misa después les satisfizo plenamente. El hecho, con todo, debiera hacernos pensar: la renuncia de nuestros fieles hacia el culto está enraizada a menudo en la situación penosa de los mismos. De ahí que el problema de la renovación litúrgica actual se resuelva cuando nuestros hombres vuelvan a descubrir el auténtico sentido religioso, previo al litúrgico ⁵.

— La alegre seguridad sugestiva y comunicativa de un grupo de católicos entusiastas convierten a unos *incrédulos* amigos que consideran como prueba de la otra vida la alegría de esos católicos que ante los restos mortales de uno de sus amigos exclaman casi con humor: «Este ha ido al cielo con los zapatos puestos».

— El profesor entusiasta en su asignatura que entrega su corazón y sus propias convicciones junto con el contenido intelectual de su fe, que trata con respeto y hasta admiración la personalidad de sus discípulos, está operando su conversión profunda al bien, además de darles la doctrina. Así se fragua la perseverancia desde dentro que es la verdadera perseverancia. Los discípulos se afincan en el bien por el impacto de una necesidad interior, de un atractivo profundo cuasideterminante que ejerce la personalidad comprometida del profesor: aminora determinismos hacia el mal neutralizándolos por otros más fuertes hacia el bien. La simpatía atrayente de un profesor influye poderosamente en la aceptación del mensaje.

5. Cf. C. CASTRO CUBELLS, *El Sentido religioso de la Liturgia*, Madrid 1964.

Hoy se recomienda —incluso en los seminarios y casas de formación— que todos los profesores se interesen no sólo del aspecto académico o escolar de sus discípulos, sino también de la formación religiosa de cada uno de ellos. La formación individual religiosa no constituye un fenómeno que pueda deslindarse cartesianamente de esa formación humana que da el profesor a lo largo de la jornada con sus discípulos. No es raro que ciertos profesores, por sus cualidades naturales y adquiridas, sean más llamados que el propio director espiritual de oficio a realizar una formación orgánica completa.

— En la familia, los hijos casi inexorablemente se van «conformando» con los hábitos o modos de ser religiosos, psicológicos y físicos de los padres, de tal modo que el elemento hereditario y vivencial que les rodea es decisivo para toda la vida.

— García Morente. Su conversión resulta problemática mientras vive en España en situación holgada. El aplauso y admiración generales de que es objeto atrofia su sentido de la transcendencia e imposibilita la conversión. Cambia el marco externo de su vida: el destierro, la influencia de los hijos, las amarguras de la soledad —otros tantos fallos o quiebras afectivos— llevan a un hombre eminentemente «intelectual» a encontrar en Dios la razón de la existencia.

— La influencia de la mujer en la mejora humana y religiosa de los hombres es capital. Lenín, en un contexto muy distinto del nuestro, opinaba que la civilización que gana a la mujer tiene segura la partida de la historia. Aunque la comunidad con predominio del varón la menosprecie en sus expresiones y hasta en sus organizaciones económicas y políticas, es indiscutible que en la estructura síquica profunda del varón y en su actuar tiene papel decisivo lo estrictamente femenino y aquellas realidades que por hallarse más en la mujer pueden ser referidas a ella en sentido menos estricto: el orden, la belleza, la suavidad, la estética, el afecto, el candor de la infancia...

— La vinculación afectiva de los alumnos de colegios religiosos a las actividades parroquiales, incluso no estrictamente religiosas, se convierten de hecho en condicionamientos que deter-

minan su asistencia posterior a los actos litúrgicos y apostólicos de la comunidad parroquial.

— El discípulo en quien el profesor o maestro ejercen influencias integrales o plenamente humanas —religiosas, apostólicas, académicas, literarias, deportivas, afectivas—: en los momentos críticos, la figura del profesor es oráculo y arquetipo, lazo que retiene en el bien. No en vano hoy están saltando los marcos escolares tradicionales para lanzar a los maestros a contactos más totales con sus alumnos: scout, convivencias, deportes, relaciones familiares... La figura del profesor sólo docente es hoy insostenible. Se exige que el guía de las juventudes comunique no sólo ciencia cuanto todo ese misterio de vida del cual la ciencia es un aspecto, no precisamente el más importante. Esto se aplica a todos los grados del magisterio: desde la escuela primaria a la enseñanza superior universitaria. Los documentos conciliares, en especial los relacionados directamente con la educación y la misma concepción conciliar del hombre (Cf. la *Gaudium et spes*) son muy explícitos sobre el particular ⁶.

— Establecer relaciones humanas con las personas a quienes hemos de convertir, mejorándolas en su situación humana, colocándolas en contexto de verdad y de abnegación humana. Después las tenemos vinculadas a nosotros a la vez que preparado el terreno para hacerles pasar de esa contextura moral humana a la sobrenatural. Perdónese el que descendamos a un ejemplo más concreto aún: es un hecho la dificultad de hacer atrayente la fe al personal doméstico dependiente del ámbito clerical (sacerdotes, religiosos...): la situación humana y social deficiente a que los sometemos crea pantalla que esconde a Dios. Nuestra conducta no refleja la verdadera fe y es argumento —contrasigno— que separa de Dios.

Terminamos estas reflexiones aludiendo a una realidad que de algún modo ya hemos expresado. Nos referimos a la promoción de verdaderas comunidades directivas: hombres de categoría humana y religiosa auténtica, capaces de sintetizar en sí

6. Cf. RODRIGUEZ MEDINA, José, *Pedagogía de la acción catequética*, en la obra: *Por una formación religiosa para nuestro tiempo*, Marova, Madrid 1967, pp. 119-137.

mismos con equilibrio la escala de los valores, con visiones integrales del mundo, de las cosas, de las acciones o, mejor, de la acción humana y religiosa; que sepan enamorarse de la obra educativa y que pongan sus entusiasmos al servicio de una comunidad apostólica; hombres en quienes los educandos descubran de modo empírico el misterio de la Iglesia y sus coordenadas fundamentales.

En casos normales, el acto de fe se presenta como hecho complejo en el que entran en juego directa o indirectamente, inmediata o mediatamente, consciente o inconscientemente las realidades de arriba y de abajo, Dios y el hombre, el espíritu y el cuerpo, la inteligencia y el sentimiento, nuestro pasado, presente y futuro. De ahí que los hombres más aptos para mediar en el acto de fe de nuestros fieles sean los educadores que han logrado en sí mismos una visión sintética y orgánica de la existencia según toda su complejidad. Son éstos los que pueden descubrir en cada momento y en cada persona el elemento —diríamos el mecanismo— más decisivo y de más peso o la falla más pronunciada que obstaculiza la vida de la fe.

IV.—CONCLUSION

A modo de conclusión sintetizamos nuestro pensamiento que coincide del todo con nuestras propias convicciones:

El aspecto inteligible es elemento formal de la fe y anterior en buena lógica al volitivo. Sin embargo, históricamente, es decir, de hecho y en concreto, para la adhesión de la inteligencia a la verdad cristiana los factores volitivos que presentan la fe como un bien para mí pueden y de hecho suelen ser decisivos tanto y más que los intelectuales.

En efecto, algunas personas poseen cierta contextura y hábitos intelectuales que constituyen un peso más apreciable de orden cognoscitivo a la hora de aceptar la fe. Aún en éstas, examinada la raíz del proceso que les ha conducido a su encuentro con Dios, no es raro dar también con factores volitivos que han condicionado de modo favorable la búsqueda intelectual. Piénsese en la fascinación que en San Agustín producía Dios como ser bueno, atrayente, cautivador, hermoso, sosiego de los deseos humanos.

En la gran masa de cristianos, sobre todo en los niños, dominan quizás de modo más decisivo los aspectos afectivos y volitivos de la fe: la aceptan o no, con mayor o menor profundidad, según que se vean atraídos por ella y les sea o no «simpática».

De ahí que los niños, desde pequeños, hayan de ir creciendo en una vida religiosa que sea realmente vital: oración adaptada a ellos en la forma y contenido; que no les sea carga sino vivencia: vida litúrgica hecha existencia en el seno de una comunidad viva; vida moral como servicio amoroso al Padre en lugar de ser presentada como cumplimiento inexorable del deber; sana libertad e iniciativa también y sobre todo en el terreno religioso. De ese modo, la voluntad se irá determinando interiormente en el bien. De hecho, tanto las decisiones cotidianas como las grandes determinaciones del hombre obedecen mucho más a mecanismos o hábitos adquiridos que nos previenen favorable o desfavorablemente que a frías deliberaciones en que se sopesan los pros y los contras de los caminos que hemos de tomar.

En los seminarios y casas de formación debe iniciarse en la teoría y práctica de estos procesos por los cuales se rige el itinerario del hombre a Dios, al bien, a la fe. Podemos servirnos entre otros de los siguientes medios de trabajo: reflexión fenomenológica, hecha en común, de las influencias que ejercen hoy sobre las masas los medios de persuasión, de la propaganda, en especial los medios audiovisuales; examen de diversos mecanismos empleados para provocar el acto de fe en una lección de catecismo, en una homilía, en un coloquio en mesa redonda, en un diálogo apostólico, en una orden dada a los adultos.

Si desconocemos la teoría y práctica de estos procesos normales en las actuaciones humanas, los fieles se irán separando psicológicamente del cristianismo para acabar en la indiferencia y ateísmo. No en vano el cotejo que se está llevando a cabo de modo casi brutal entre los procesos minuciosos que rigen las acciones humanas y los métodos quasi prehistóricos de la acción pastoral está produciendo un pesimismo que muchas veces lleva al desaliento. ¡Ojalá nos impulse a nosotros al trabajo y a la revisión de nuestros métodos de acción pastoral!

Nuestra fe se refiere a realidades eternas que en sí mismas trascienden lo temporal; pero nosotros somos seres contingentes, inmersos en el tiempo. Por lo mismo, hemos de prestar atención máxima a las categorías propias del ser concreto. Ser en devenir, con una existencia que se busca porque aún no lo es del todo y se busca en la limitación y quasideterminación de lo temporal. El hombre es, en efecto, un ser en el tiempo; vuelto hacia otra cosa, hacia la luz, hacia algo que no es. El hombre es cada día distinto de sí mismo: es un ser intencional; está situado, mal que le pese, y en esa situación debe ejercer —aunque parezca paradoja— su libertad; el mismo hecho de ser corporal condiciona su situación y sus límites. El hombre es, finalmente, un ser con los otros. En ellos encuentra los motivos más fuertes para su acción y evolución así como no pocas trabas. De la libertad del hombre orientado por sus «maestros» depende que estas categorías, en lugar de esclavizarle, se conviertan en coyunturas de mayor acercamiento a su perfección suprema: el abrazo definitivo con Dios.

Para nosotros, cristianos, la razón última que explica estos condicionamientos históricos de la salvación se halla en el misterio mismo del Verbo encarnado: Cristo, al encarnarse en el tiempo, imprimió dimensión trascendente a esas categorías del hombre concreto que El mismo tomó sobre sí. Para el profano esas categorías son simplemente históricas, antropológicas, psicológicas. Para nosotros son teológicas. Constituyen llamadas concretas, signos proféticos de la presencia salvadora de Dios, visibles en el itinerario que nos conduce a su encuentro.